

REVISTA BÍBLICA

BÁLSAMO

H O N R A N D O A D I O S

“PORQUE DE ÉL, Y POR ÉL, Y PARA ÉL, SON TODAS LAS COSAS.
A ÉL SEA LA GLORIA POR LOS SIGLOS. AMÉN.”

ROMANOS 11:36





nota a nuestros lectores

Difícil de creer que otro año ha llegado ya casi a su final. Los que colaboramos con la publicación de esta revista queremos agradecerles que lean nuestro contenido y que oren por el trabajo que hacemos. Es un placer servirles de esta manera.

Estoy profundamente agradecido también por todos los que participan en la redacción, edición y publicación de Bálsamo. El Señor les conceda hallar misericordia de él en aquel día (2 Timoteo 1:18).

La paz, la fortaleza y la bendición de Dios sea con cada uno de ustedes nuestros lectores en el 2026. “Confía en Jehová y haz el bien” (Salmo 37:3).

El Señor dirija todo lo relacionado a esta revista durante el año entrante para que él sea exaltado y su iglesia sea edificada.

“No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros,
sino a tu nombre da gloria,
Por tu misericordia, por tu verdad”
(Salmo 115:1).

-David Alves (Campeche, México)

CONTENIDO

06 *La honra a Dios*

08 *La honra a los padres*

10 *La honra a las autoridades*

12 *La honra al matrimonio*

14 *La honra al prójimo*

16 *La honra a los obispos*

18 *Balsamito: Reflexión*

20 *Adoración Familiar:
Diciembre*

Suscripciones y/o Contacto

www.revistabalsamo.com

balsamorevista@gmail.com



+52.322.349.2258

Las fotos de esta edición fueron tomadas en Veracruz.

LA HONRA A DIOS

David Alves padre (Michoacán, México)

¿Qué nombre le puso la piadosa Eunice a su hijo? ¡Timoteo! Significa “uno que honra a Dios”. Fue salvo en su adolescencia, pero a lo largo de su vida vivió una vida cristiana caracterizada por la “fe no fingida” (2 Ti. 1:5). El propósito de este artículo es que, indistintamente de nuestra presente condición espiritual, honremos a Dios como nunca lo hemos hecho antes y que, en gloria, nuestro nombre nuevo (Ap. 2:17) también sea como el de ese joven ejemplar de antaño. Veremos a continuación que honrar a Dios exige que, de corazón sincero, le valoremos, le respetemos y le reverenciamos como Él solo merece.

«¿Dónde está mi honra?» (Mal. 1:6).

Tristemente, el Señor dijo de los judíos: «Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (Isa. 29:13; véase Mt. 15:8). ¿No es cierto que, en gran medida, esto también nos caracteriza? ¡Confesemos que hay mucha hipocresía! Mucho espectáculo. A menudo medimos la espiritualidad meramente por la apariencia externa. Somos una cosa de lunes a sábado: en la casa, en el trabajo, en la calle, pero los domingos aparentamos ser muy piadosos en la iglesia, especialmente en el púlpito. ¿Qué diremos de aquellos rincones oscuros de nuestros corazones que creemos que nadie ve? «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mt. 23:27).

«Mi honra no la daré a otro» (Isa. 48:11).

No podemos honrar a Dios si hay algo o alguien que usurpa el lugar supremo que Él debe ocupar en nuestros corazones. En el Decálogo, Dios lo hizo ver con claridad en los primeros dos Mandamientos: «No tendrás dioses ajenos delante de mí», y «No te harás imagen... No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso» (Éx. 20:3-5). En esto, ellos fallaron gravemente y los gentiles también (véase Jer. 44:3; Ro. 1:25).



Antes de pensar que nosotros, como cristianos, somos inmunes a la idolatría por no ocuparnos de figuras de yeso o madera, estampas, y crucifijos en el pecho, el apóstol Juan seguramente se refería a otros tipos de idolatría cuando escribió: «Hijos, guardaos de los ídolos» (1 Jn. 5:21). Honrar a Dios es amarle de todo corazón, alma y fuerzas (Dt. 6:5).

«Honrad al Hijo» (Sal. 2:12).

No podemos honrar a Dios si no honramos a su Hijo. Cristo mismo dijo: «Que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió» (Jn. 5:23). Honrar al Hijo implica, entre otras cosas, aceptar su eterna existencia, su igualdad con el Padre y el Espíritu Santo, su impecabilidad, su obra redentora como único medio de salvación, su resurrección corporal, su presente obra en el cielo, y la esperanza de su pronta venida. Militantes de sectas diabólicas, como los Testigos de Jehová, no honran al Hijo. Bien podría decirse de tales herejes lo que Cristo dijo a los líderes fariseos: «Honro a mi Padre; y vosotros me deshonráis» (Jn. 8:49). El Padre honró a su Hijo durante su estancia terrenal (Heb. 2:7; véase Mt. 17:5, p. ej.). El día viene cuando todo lo creado dirá: «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea... la honra... por los siglos de los siglos» (Ap. 5:11).

«Dad a Jehová la honra debida a su nombre» (1 Cr. 16:29).

Honramos a Dios cuando le adoramos, alabamos y agradecemos, tanto en privado como en público, por lo que es y por lo que ha hecho (Sal. 96:8 y 9). Lo hacemos en espíritu y en verdad (Jn. 4:23 y 24), ofreciendo el fruto de labios que confiesen su nombre (Heb. 13:15).

Hay maneras muy prácticas de honrar a Dios. Dar de nuestros bienes expresa la estima que le tenemos al Dios dadivoso, que ha sido tan benevolente con nosotros. No es dar de lo que nos sobra, sino darle las primicias, lo mejor (Pr. 3:9). En vez de oprimir al pobre, honramos a nuestro Hacedor cuando mostramos misericordia (Pr. 14:31).

«Yo honraré a los que me honran», dice Dios (1 Sam. 2:30).

Honrar a Dios cuesta mucho, pero no honrarle cuesta más. Esa amarga lección la aprendió el sacerdote Elí. Sin embargo, destacan personajes como Abel, Abraham, José, Rut, Ester, Daniel, Esteban y Pablo, entre otros, como ejemplos de lo que significa honrar o glorificar a Dios. No quedarán sin recompensa por haberlo hecho. Cristo dijo: «Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará» (Jn. 12:26).

«Al Rey de los siglos... sea honor y gloria por los siglos de los siglos» (1 Tim. 1:16).

No fue por coincidencia que en dos ocasiones el apóstol Pablo escribió a Timoteo sobre el honor, la honra de Dios y de su Hijo Jesucristo, que será nuestra ocupación eterna. Este tema también es recurrente en el Apocalipsis (4:9-11; 5:12 y 13; 7:12; 19:1). ¿Por qué no empezar a honrarle aquí, si es lo que haremos por toda la eternidad?

Sin embargo, qué contraste entre Timoteo y Belsasar. En sus últimos momentos de vida sobre la tierra, este rey pagano escuchó el solemne mensaje del profeta Daniel: «Contra el Señor del cielo te has ensoberbecido... y al Dios en cuya mano está tu vida, y cuyos son todos tus caminos; nunca honraste» (Dan. 5:23).



LA HONRA A LOS PADRES

Josué Cuevas (Durango, México)

Sin discusión, la motivación más natural de honrar responde directamente al reconocimiento de las cualidades de la persona que se honra. Al apreciar que merece, que es digna de ser honrada. Para esto es necesario conocer a tal persona, ya que, sin un conocimiento de la persona a honrar, nuestra “honra” puede solo ser cortesía, educación o costumbre.

El común de las personas realmente no honra a Dios. Puede que sean personas religiosas, pero sus actos y palabras de honra y reconocimiento no son reales.

Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca de mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado (Isaías 29:13).

Entendemos entonces que la verdadera honra a Dios proviene de un corazón que lo conoce y le ama. Y para conocer al Dios verdadero, solamente en el Señor Jesucristo, Dios que se hizo ser humano, revelado en las Escrituras, para que al recibirle tengamos vida eterna y amor para obedecerle y honrarle.

Honramos a Dios cuando le creemos, aceptamos sus definiciones y formas de vida como un diseño perfecto que armoniza y funciona. Entonces honramos su diseño, comprobamos y publicamos que sus definiciones y formas de vida funcionan y traen buenos resultados. Esta realidad nos lleva a otras dos motivaciones válidas para honrar.

Primero, somos llamados a honrar siguiendo el orden del diseño. Cuando David tuvo oportunidad de matar a Saúl, quien se había constituido en su enemigo mortal, no lo hizo por respetar la definición de Dios. Saúl era “el ungido de Dios” y David respetó y honró esa posición, aun en contra de su propia seguridad. No había virtud o cualidades dignas de honor en Saúl, pero la definición de Dios le hacía merecedor de honra.

En segundo lugar, cuando respetamos las definiciones y diseño de Dios, la vida funciona en forma correcta y podemos esperar mejores y buenos resultados en nuestra vida. Esta es la verdad que está detrás del “primer mandamiento con promesa”:

Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra (Efesios 6:1-3).

Hablando en forma general, el mundo y las sociedades han experimentado por años un gran deterioro en la moralidad y espiritualidad. De generación a generación hay una degeneración. Se propagan y multiplican las malas prácticas y malos ejemplos mucho más que las buenas. Y viene a ser cierto hoy lo que el profeta Jeremías señala:

“... y me dejaron a mí y no guardaron mi ley; y vosotros habéis hecho peor que vuestros padres; porque he aquí que vosotros camináis cada uno tras la imaginación de su malvado corazón, no oyéndome a mí” (Jeremías 16:11 y 12).

Hemos sido llamados a levantar una generación que rompa con ese deterioro moral. Y una parte muy importante en ese plan es que los hijos aprendan a obedecer y honrar a sus padres.

Pero, ¿cómo podemos instruir a nuestros hijos en el respeto, obediencia y honra? Hasta aquí podemos reconocer que la honra procede de:

1. La calidad moral de los padres.
2. Del reconocimiento a las definiciones y diseño de Dios.
3. Y de la promesa de una vida mejor.

Entonces, para instruir a nuestros hijos debemos:

1. Ser ejemplo con nuestra vida, desarrollando las virtudes del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.
2. Enseñarles diligentemente con la Palabra las definiciones, el orden y el diseño de Dios, siguiendo la ley de Dios y alejándonos de “la imaginación de nuestro malvado corazón”.
3. Aplicando una disciplina en amor que enseñe que la desobediencia trae tristeza y malas consecuencias, pero que la obediencia produce paz y gozo.

Los que son hijos, por su parte, deben saber que:

1. La falta de calidad en aquellos que han sido definidos por Dios como autoridad no nos da permiso de ser irrespetuosos y desobedientes. Cada uno dará cuenta a Dios de sí mismo.
2. Desarrollamos convicciones de vida basadas en la Palabra de Dios. No es un autoritarismo de papá que diga: “obedecerás porque yo lo digo”, sino que obedecemos porque Dios lo dijo. Nos damos cuenta que es obedecer a Dios cuando obedecemos a nuestros padres, que es honrar a Dios cuando honramos a nuestros padres
3. Apreciamos recibir de nuestros padres la corrección en amor, en lugar de esperar a que el mundo nos muestre que la desobediencia tiene consecuencias.

La obligación de obedecer no termina con la mayoría de edad o la independencia económica. Termina cuando los hijos dejan a padre y madre para formar una familia, similar y mejor a aquella de donde salieron. Pero la obligación de honrar y respetar a los padres no termina ni en la vejez o enfermedad.

LA HONRA A LAS AUTORIDADES

Natanael Flores (Tlaxcala, México)



Las autoridades terrenales que existen son establecidas por Dios, y ninguna potestad tendrían sino fuese dada por Él y las ha puesto para bien (Jn. 19:11). El apóstol Pablo, al dar instrucciones tocante a la oración, da la razón para orar por los gobernantes: es para que podamos vivir “quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1Ti. 2:2). Cuando el gobierno está estable entonces el país es guardado de contiendas, revoluciones y guerras civiles.

Si bien la ciudadanía del cristiano no es este mundo, tiene que sujetarse al gobierno terrenal porque son siervos de Dios, independiente si son buenos o malos gobernantes. Pero entonces, ¿cómo el cristiano debe sujetarse a las autoridades? El cristiano no debería participar en marchas, peleas ni violencia, tampoco insultar ni desacreditar al gobierno (Ex. 22:28). Debe ser leal a las autoridades, obedeciendo y cumpliendo las leyes. El apóstol Pablo, en su carta a los Romanos 13, se dirige especialmente al creyente que está obligado a obedecer a las autoridades terrenales, de lo contrario estaría desobedeciendo a Dios, siempre y cuando el gobierno no le mande a pecar o comprometer su lealtad, fidelidad y fe para con Jesucristo; en este caso “es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch. 5:29).

Todo gobierno no es para infundir miedo a los que se portan bien u obedecen, sino a los que infringen las leyes; a estos tendrán castigo (Ro. 13:3). Por eso, el cristiano debe acatar las leyes impuestas por las autoridades, por ejemplo la ley de tránsito, donde se indican las normas que regulan la circulación de vehículos y personas en la vía pública, incluye el respeto a señales, el cumplimiento de límites de velocidad, el uso de cinturón de seguridad, entre otras. Si no se cumplen, entonces es acreedor a una sanción o multa. Así como otras leyes el creyente debe obedecer, no solo para no ser sancionado, sino porque es lo correcto.

Debido a que el gobierno está cumpliendo un deber, la responsabilidad u obligación del cristiano es pagar impuestos sobre su trabajo, propiedades inmobiliarias y otras posesiones, luz, agua, etc. Debe estar dispuesto a contribuir con su parte en los gastos que genera el país; de esa manera se tiene la ventaja de vivir en una sociedad en orden, limpia, entre otras cosas. Además, los funcionarios del gobierno están dando su tiempo para administrar, ejercer las leyes para una sociedad estable, de modo que tienen el derecho a nuestro apoyo.

Para que nadie hable mal de nuestro Señor Jesucristo, debemos obedecer a todas las autoridades del gobierno. Reverenciamos a nuestro Dios, honrando a las autoridades (1 Ped. 2:16).



Obedecer y confiar en Jesús

Para andar con Jesús, no hay sendero mejor
Que guardar sus mandatos de amor.
Obedientes a él, siempre habremos de ser
Y tendremos de Cristo el poder.

Coro:

*Obedecer, y confiar en Jesús
Es la senda marcada para andar en la luz.*

Cuando vamos así, como brilla la luz
En la senda al andar con Jesús,
Su promesa de estar, con los suyos es fiel
Si obedecen y esperan en él.

Quien siguiere a Jesús ni una sombra verá,
Si confiado su vida le da.
Ni terrores ni afán, ni ansiedad, ni dolor;
Pues los cuida su amante Señor.



LA HONRA AL MATRIMONIO

David Alves Jr. (Campeche, México).



La unión entre un hombre y una mujer es algo instituido por Dios y no por el hombre. Mucho antes de que existiese la iglesia o la nación de Israel, el Señor ya había dado origen al matrimonio. Esto lo vemos en lo que Dios le dijo a Adán y a Eva al unirles: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y los dos llegarán a ser uno solo” (Génesis 2:24). Por esta razón es que nosotros debemos honrar la institución del matrimonio.

Nosotros somos dados a menospreciar o a rechazar algo al ver todo lo negativo relacionado a eso. Esto lo hacemos en ocasiones con el matrimonio. Vemos todos los problemas, los conflictos y las angustias en el matrimonio, y llegamos a creer que debe haber algo equivocado con esta institución. Dudamos si realmente es beneficiosa una relación como esta.

El cristiano no debe pensar así porque necesita estar convencido de que el matrimonio es bueno, porque es algo que proviene del Dios que es perfectamente bueno. No podemos ser influenciados por lo que nuestra sociedad dice acerca de esta institución. Si nos dejásemos llevar por lo que el mundo piensa sobre este tema, tendríamos que ir en contra de lo que Dios establece en cuanto a esto en las Escrituras.

El Señor nos ordena que honremos el matrimonio. No honrarlo sería pecar contra Él. Leemos en Hebreos 13:4: “Tengan todos en alta estima el matrimonio y la fidelidad conyugal, porque Dios juzgará a los adúlteros y a todos los que cometen inmoralidades sexuales”. Muy extrañamente algunos toman este texto para enseñar que una pareja puede hacer lo que quieran en su intimidad. El escritor a los Hebreos no tenía en mente justificar cualquier acto sexual entre dos personas casadas. Es increíble lo mucho que le imponemos a las Escrituras que simplemente no está allí.

El Espíritu Santo más bien quiere que los casados honren o tengan un concepto alto del matrimonio. El Señor aquí contesta la pregunta: *¿Cómo se honra el matrimonio?* Se honra al mantenernos en pureza y al serle fieles a nuestro cónyuge. Esto es muy claro no solo cuando vemos la orden dada en este versículo, sino también en la advertencia que es realizada.





El Señor amenaza con juzgar a aquellos que cometen adulterio o cualquier otra inmoralidad sexual. Sigamos esta instrucción que Dios nos da a los casados. Respetemos la institución divina del matrimonio al guardarnos en santidad delante de nuestro Padre y en relación a nuestra pareja. Si eres soltero, también es tu obligación honrar el matrimonio al no tener relaciones hasta el día que te cases.

Lo que más nos hará honrar el matrimonio es considerar lo que esta institución representa. De acuerdo a Efesios 5, la unión entre un hombre y una mujer es símbolo de la unión entre Jesucristo y la iglesia. Nos convertimos en buenos esposos y en buenas esposas al ver la gloriosa relación que hay entre el Hijo de Dios y la iglesia que Él compró para sí mismo a través del derramamiento de su sangre. Honraríamos más el matrimonio si todos nos pusiéramos la meta de ser más como el exaltado Jesús, quien lo dio todo por nosotros. Si hiciésemos esto, honraríamos más el pacto que hicimos con nuestro cónyuge en la presencia del Señor (Malaquías 2:14). Como esposos seríamos más comprensivos y más respetuosos hacia nuestras esposas (2 Pedro 3:7). Cumpliríamos todos con todos los deberes que tenemos en esta relación que el Señor nos ha dado al unirnos a otra persona (1 Corintios 7:3-5).

Honra el matrimonio para que así honres al Señor Dios.

Deja de tener un concepto tan bajo de esta institución divina.



LA HONRA AL PRÓJIMO

Isaac Torrens (Región del Norte, Malta)

Predicar el evangelio es, en el fondo, la forma más genuina de honrar al prójimo. No se me ocurre un gesto más profundo hacia otra persona que compartirle la verdad que puede salvarle el alma. La honra cristiana va más allá de la simple cortesía o de los buenos modales; surge de un corazón que ve el valor eterno en el otro y se atreve a pasarle la antorcha de lo que Dios ha revelado, sin edulcorarla ni adaptarla solo para no incomodar.


La Biblia nos guía en esto con claridad. En Romanos 12:10 se nos insta a amarnos con cariño fraternal y a preferirnos unos a otros en honra; en Filipenses 2:3, nos anima a considerarnos mutuamente como superiores. Si aplicamos esto a la evangelización, vemos que honrar al prójimo implica ofrecerle lo que de verdad necesita, aunque nos cueste. No es solo una cuestión ética, sino algo espiritual: entregar la misma verdad que Dios usó para rescatarnos.

Hablar la verdad del evangelio requiere coraje; eso es innegable. A menudo tememos el rechazo, el malentendido o que nos vean como imprudentes. Por eso, muchos prefieren suavizar la Palabra para no herir susceptibilidades, o la reducen a frases motivadoras que suenan bien pero no tocan el corazón. Sin embargo, guardar silencio ante la necesidad espiritual del otro no es humildad; es una forma de deshonor. Ofrecer un evangelio aguado es como negar al prójimo la única palabra que podría alterar su eternidad.

Esta honra que proclama la verdad parte de reconocer que cada persona lleva la imagen de Dios. Negarnos a compartir la gracia de Cristo es, en cierto modo, menospreciar esa dignidad inherente. Por eso, cada charla, cada palabra dicha con paciencia, cada exhortación fiel se convierte en un acto de reverencia: honramos a Dios al honrar a quien tenemos enfrente.

Los primeros discípulos lo captaron a la perfección. No andaban buscando complacer a las multitudes ni diluyendo el mensaje para caer en gracia. Su lealtad era al Dios vivo y a las almas que los oían. Cada predicación era, al mismo tiempo, un acto de adoración y de honor: al entregar la verdad completa, trataban al oyente como alguien de inmenso valor, que merecía más que palabras bonitas; merecía la verdad que salva.

Pero honrar al prójimo con la verdad también exige humildad. No se trata de pontificar desde un pedestal ni de presumir de superioridad moral. La verdadera honra brota de quienes recordamos nuestra propia dependencia de la gracia. La verdad sin compasión lastima; la compasión sin verdad engaña. El camino cristiano une ambas: firmeza en la doctrina y ternura en la forma de compartir.



Esta honra se ve en acciones concretas, no solo en palabras. Escuchar con atención, caminar al lado del otro, corregir con gentileza, apoyar en los momentos duros y orar sin desfallecer son maneras de anunciar el evangelio. Estas prácticas demuestran que nuestro mensaje no es un discurso vacío, sino una vida compartida; que la verdad que ofrecemos cambia relaciones y hábitos cotidianos.

Hasta aquí hemos hablado de honrar al prójimo anunciándole la gracia de Cristo y su obra redentora, pero no olvidemos cómo se aplica esto entre hermanos en la fe. Dentro del cuerpo de Cristo, la honra tiene un matiz especial: no empezamos presentando a Jesús por primera vez, sino ayudándonos a perseverar en Él. Honrar a un hermano creyente significa tratarlo conforme a su identidad en Cristo: redimido, adoptado, santificado y amado por el Padre. Por eso, en la iglesia, la honra va más allá de palabras de aliento; incluye el deber de exhortarnos, corregirnos con amor y sostenernos en la verdad. Un creyente honra a otro cuando lo ayuda a mantenerse firme, lo rescata de los desvíos y lo redirige hacia la esperanza del evangelio.

En la vida diaria, preferir al hermano en honra implica dejar de lado la competencia y los juicios apresurados. Considerarlo superior implica valorar su crecimiento espiritual por encima de nuestras opiniones. Lo honramos cuando creemos en él, oramos por él, damos el paso incómodo de confrontarlo con mansedumbre o lo sostenemos en su debilidad sin demandar perfección. De esta forma, colaboramos con lo que Dios está haciendo en su vida, en lugar de entorpecerlo.

Vivir con esta primacía del otro nos cambia a nosotros mismos: nos saca de la zona cómoda del silencio y nos pone frente al reto de hablar la verdad con amor. Nos invita a ver al prójimo no como un escalón para nuestro ego, sino como un tesoro eterno cuya salvación pesa más que nuestros miedos o gustos. Nos recuerda que el valor de una persona no radica en su poder, talento o influencia, sino en la dignidad que Dios le otorgó.

Para cerrar esta reflexión: honrar al prójimo no es un adorno superficial; es el reflejo de un corazón moldeado por la gracia. Darle al otro lo que su alma anhela —al incrédulo, la verdad que salva; al hermano, la verdad que edifica— es obedecer a Dios y servir al hombre. Esta primacía del otro no busca ovaciones; busca fidelidad.

De este modo, cuando ponemos al prójimo primero y le ofrecemos lo que su alma necesita, nos unimos al estilo de Cristo: el Señor que, siendo el más grande, se hizo siervo. La honra que se queda en silencio es solo un gesto; la que habla y sirve puede transformar el mundo, porque Dios es digno y el otro cuenta de verdad. Nuestra tarea no es forzar, sino ofrecer: presentar la Palabra con lealtad, orar por los corazones y acompañar para que la verdad eche raíces y dé fruto, según la gracia soberana de Dios. Siempre.

LA HONRA A LOS OBISPOS

Carlos Luna (La Unión, El Salvador)

Cuando pensamos en la honra, viene a nuestra mente que el único digno de honra es nuestro Dios, y está en lo correcto. O muchas veces pensamos en nuestro Señor Jesucristo, quien es digno de honra, como también el Espíritu Santo, y seguimos pensando de manera correcta. Sin embargo, al examinar la Palabra de Dios, observamos que el Señor Jesucristo, al abordar al apóstol Pedro antes de su ascensión al cielo, entregó un cuidado sin igual y singular para los corderos y ovejas que estarían al cuidado de ellos (**Jn. 21:15-19**). Podríamos considerar al apóstol Pedro como el primer hombre en el Nuevo Testamento a quien Jesucristo entregó el cuidado de apacentar y pastorear a su rebaño después de su partida.

Tomando esto como punto de partida, podemos ver que las asambleas locales establecidas en el libro de los Hechos contaban con un cuerpo de ancianos que velaban por los hermanos que estaban bajo su cuidado (**Hch. 20:28**).

Después vemos en las epístolas cómo el apóstol Pablo y Pedro dan instrucciones para que se estableciese ancianos en cada lugar donde había un testimonio establecido.

Deseo que podamos apreciar que este trabajo de nuestros hermanos ancianos muchas veces no es estimado ni honrado como debería. A menudo se ve en muchas congregaciones que se demanda mucho de ellos en cuanto a su ministerio y trabajo, pero existe muy poco aprecio por la obra que hacen. En ese sentido, deseo que podamos aprender **cuatro actitudes** que cada uno de nosotros podemos mostrar como honra a los hermanos ancianos.

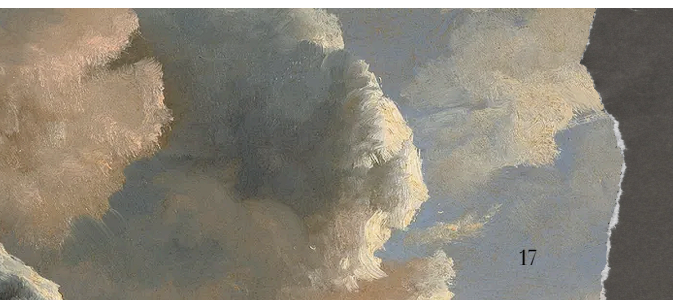
1. **RECONOCER** (1 Tes. 5:12): la palabra que se traduce aquí como “**Reconozcáis**” tiene la misma idea de **honrar**, pero realmente es un profundo reconocimiento, no solo visual o mental de la obra que los hermanos hacen, sino una observancia que nos lleva a tener un profundo agradecimiento por la obra espiritual que hacen y el cuidado hacia nosotros en aspectos prácticos de nuestras necesidades. Si observamos el texto, ellos hacen una triple función: no se trata de tres personas, sino de una misma persona desempeñando una triple función: trabajan, presiden y amonestan o exhortan (animan).
2. **TENERLOS EN MUCHA ESTIMA Y AMOR** (1 Tes. 5:13): la **estima** a la que Pablo se refiere aquí tiene la idea de **respeto**. Cuán a menudo se pierde este afecto entre el pueblo del Señor, no solamente con palabras o acciones en contra de la obra que hacen los ancianos, sino con actitudes que muchos hermanos tienen al no respetar ni estimar el lugar que ocupan estos hermanos al cuidado de la grey. Por consiguiente, debe haber un amor genuino de nuestra parte hacia aquellos que nos imparten la Palabra y cuidan de nuestro bienestar espiritual. Muchos olvidamos a aquellos ancianos que nos dieron instrucción cuando éramos jóvenes y es por ello que muchos ancianos, en su vejez, están olvidados, descuidados y, en el peor de los casos, abandonados. Hay una falta de estima y amor hacia la obra que ellos han hecho y que muchos hacen en la actualidad.



Por último, las palabras (**Estimar y Amar**) en griego conllevan un énfasis que difícilmente puede expresarse, llevando la **estima y el amor** a un nivel mayor; *su amor debía unirse a la estima, y la estima al amor, y ambos debían abundar y superabundar hacia ellos*. Hermanos, si un cristiano no puede **estimar y amar** a sus ancianos, debería arrodillarse y pedirle al Espíritu Santo que cambie su corazón.

3. TENERLOS POR DIGNOS DE DOBLE HONOR (1Tim. 5:17): La expresión doble honor solo aparece aquí en la biblia de manera literal. Nuevamente hay una triple condición para honrar a estos obispos como dignos de doble honor: **Gobiernan bien**, trabajan en **predicar y enseñar**. En el contexto anterior de este pasaje y en el próximo que es el siguiente versículo podemos apreciar que el doble honor nos lleva a pensar de forma sensata en el honor personal que cada miembro de la congregación debía tener por sus ancianos, pero también la otra parte es monetaria, es decir un cuidado de sus necesidades económicas para aquellos que de manera fiel gobernaban y usaban correctamente la palabra para predicar en la asamblea de Tesalónica. Debemos recordar en **Gálatas 6:6**, Pablo escribió: «El que es instruido en la palabra, participe de todo bien con el que lo instruye». En **Filipenses 4:17**, Pablo dijo que tal generosidad redundaba en abundancia para el que da, participando de la recompensa del ministerio espiritual apoyado.

4. SUJETARNOS A ELLOS (1 Ped. 5:5): Por último, pensemos en la sujeción, como una muestra de honor a aquellos a los cuales el príncipe de los pastores dará una corona por su labor. El apóstol Pedro comenzó estas palabras de humildad dirigiéndose a **ustedes, los jóvenes**, en contraste con los ancianos a quienes acababa de hablar. Pero pronto se dio cuenta de que se aplicaba a **todos ustedes**. Este mandato de **someterse unos a otros y revestirse de humildad** se aplica a todos, pero quizá *especialmente* a los jóvenes. En nuestro tiempo este orden parece haberse invertido porque se supone que los mayores deben someterse a los jóvenes. Ellos son los que ignoran en muchos aspectos a las autoridades establecidas en la asamblea local. Sin embargo, el joven cristiano tiene que ser consciente de la actitud que la Palabra de Dios requiere de él.



REFLECCIÓN

Def: Pensando profundamente en lo que hemos vivido, aprendido, recibido y en lo que vamos a realizar.

“ ¿Que son pesados?

-Christina Rossetti

¿Qué son pesados? La arena del mar y la tristeza.

¿Qué son breves? Hoy y mañana.

¿Qué son frágiles? Las flores de primavera y la juventud.

¿Qué son profundos? El océano y la verdad. ”

1 Corintios 11:23-26

Yo recibí del Señor lo mismo que les transmití a ustedes: Que el Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí». De la misma manera, tomó la copa después de cenar y dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto cada vez que beban de ella en memoria de mí». Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga.

Las Dos Ranas

De las Fábulas de Esopo, por George Fyler Townsend

Dos ranas vivían en el mismo estanque. Cuando este se secó por el calor del verano, lo abandonaron y se dirigieron juntas hacia otro hogar. Mientras caminaban, pasaron por casualidad junto a un pozo profundo, abundantemente abastecido, y al verlo, una de las ranas le dijo a la otra: «*Bajemos y hagamos nuestra morada en este pozo; nos dará refugio y alimento*».

La otra respondió con mayor cautela: «*Pero supongamos que nos faltara el agua. ¿Cómo podríamos salir de tan profundo?*».

Moraleja

No hagas nada sin considerar las consecuencias.



“Examinen en silencio sus corazones. Salmo 4:4”

“Las promesas de Dios son flores que crecen en el paraíso de las Escrituras. La meditación, como la abeja, absorbe su dulzura. -Thomas Watson”

Eclesiastes 1:12-17

Yo, el Maestro, reiné en Jerusalén sobre Israel. Y me dediqué de lleno a explorar e investigar con sabiduría todo cuanto se hace bajo el cielo. ¡Penosa tarea ha impuesto Dios al género humano para abrumarlo con ella! Y he observado todo cuanto se hace bajo el sol y todo ello es vanidad, ¡es correr tras el viento! No se puede enderezar lo torcido ni se puede contar lo que falta. Me puse a reflexionar: «Aquí me tienen, engrandecido y con más sabiduría que todos mis antecesores en Jerusalén; habiendo experimentado abundante sabiduría y conocimiento. Me he dedicado de lleno a la comprensión de la sabiduría, y hasta conozco la necesidad y la insensatez. ¡Pero aun esto es querer alcanzar el viento!

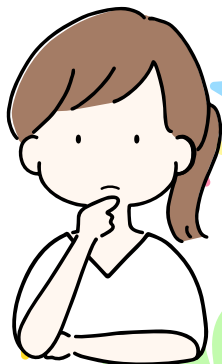
RETO



Dedica unos minutos antes de acostarte en la noche para reflexionar sobre el día que pasó y hazte algunas preguntas:

¿que aprendí? ¿Como lo puedo aplicar a mi vida? ¿Como fallé?

¿Como puedo mejorar? ¿Que vi en la creación?



NOTAS PARA LA Adoración Familiar

Lectura:

(Leer aproximadamente 15-20 versículos al día)

Job 41-Salmo 28

Himnos:

(Cantar cada himno por dos semanas)

1. Nuestra Esperanza y Protección
2. Oh Dios de mi Alma, sé Tu mi Visión



Diciembre

Catecismo (Catecismo Menor de Westminster):

¿Qué nos enseña el prefacio de la Oración del Señor?

R. El prefacio de "La Oración del Señor", que dice: "Padre nuestro, que estás en los cielos", nos enseña a acercarnos con santa reverencia^a y toda confianza^b a Dios como de hijos a un padre^c que puede y quiere socorrernos;^d y también a orar con otros y por otros.^e

^a Sal. 95:6 ^b Ef. 3:12 ^c Mateo 7:9-11; Lucas 11:11-13; Ro. 8:15 ^d Ef. 3:20 ^e Ef. 6:18; 1 Tim. 2:1-2

¿Qué rogamos en la primera petición?

R. En la primera petición, que dice: "Santificado sea tu nombre", rogamos que Dios nos ayude nosotros y a los demás hombres a glorificarle en todo aquello por lo cual se da a conocer,^a y también que él disponga todas las cosas para su propia gloria.^b

^a Sal. 67:1-3; Sal. 99:3; Sal. 100:3-4 ^b Rom. 11:33-36; Apoc. 4:11

¿Qué rogamos en la segunda petición?

R. En la segunda petición que dice: "Venga tu reino", rogamos la destrucción del reino de Satanás;^a el progreso del reino de gracia;^b que nosotros y los demás hombres seamos introducidos y conservados en éste;^c y que venga pronto el reino de gloria.^d

^a Mateo 12:25-28; Rom. 16:20; 1 Juan 3:8 ^b Sal. 72:8-11; Mateo 24:14; 1 Cor. 15:24-25 ^c Sal. 119:5; 2 Tes. 3:1-5

^d Apoc. 22:20

¿Qué rogamos en la tercera petición?

R. En la tercera petición, que dice: "Sea hecha tu voluntad como en el cielo así también en la tierra", rogamos que Dios, por su gracia, nos dé facultad y buena disposición para conocer, obedecer y someternos en todo a su santa voluntad,^a así como lo hacen los ángeles en el cielo.^b

^a Sal. 19:14; Sal. 119; 1 Tes. 5:23; Heb. 13:20-21 ^b Sal. 103:20-21; Heb. 1:14